

# **EVOCACION DE RICARDO FINOCHIETTO**

*Eduardo A. Zancolli*

Está presente entre nosotros: enérgico, apasionado, requirente de sus discípulos por mantener la llama de lo enseñado y realizado, indulgente. Está entre nosotros Ricardo Finochietto; respondiendo a una profunda convocatoria de entrañable afecto, reconocimiento, admiración y nostalgia, por quienes tuvimos la fortuna de aprender nuestro oficio junto a él. Se nos presenta como visión fantasmal, sentenciosa, agigantada en el tiempo, señalando conductas, requiriendo obrar bien y sin transigencias, indicando proceder con conmiseración y prudencia hacia los que sufren, marcando que con sabiduría el hombre adquiere felicidad y que es libre cuando responde con obligación moral que emerge de su conciencia.

Su imagen actual no es recuerdo fugaz, no es percepción efímera y sin razón; es palpitación sentida, es energía intelectual y física, es necesidad de producir siempre y bien, es sufrimiento y dolor ante nuestros malogros y frustraciones, es sosiego y felicidad por la labor cumplida, es verdad.

En comprimido recuerdo biográfico difícilmente podría abarcar y mensurar la titánica labor de Ricardo Finochietto, así como también delimitar en el tiempo el alcance de sus enseñanzas en cuantía y valer para generaciones futuras.

Por lógica, no podré despojarme de denotar un decir con sentir, ya que un verdadero maestro caracteriza a sus discípulos, identificándolos con su propio ser. Los que lo conocimos tenemos conciencia de que su esencia vibra en nosotros y que como testigos de su vehemente anhelo y talento escribimos su historia real, pero con afecto, ternura, emoción.

La vida de Ricardo Finochietto es la historia de quien supo trazar, con sorprendente precisión y convicción, imaginación y audacia, su camino hacia la más colosal de las aventuras humanas: hacer bien al prójimo. En su trayectoria encontró la verdadera opción de querer hacer, respondiendo a una inquebrantable y tenaz vocación de perfeccionamiento, para cumplir su

objetivo de transmitir lo aprendido, sin límites, para formación de cada uno de sus discípulos que se sucedieron por grupos generacionales.

Su padre, Tomás Finochietto, emigra en 1871 desde Chiavari, hermoso puerto de la costa Ligúrica. Su intención fue unirse a la gran corriente inmigratoria atraída por el impulso económico producido en nuestro país por los hombres del '80. En nuestra tierra, se casa con Ana Castagnino. Ricardo Finochietto nace el 28 de abril de 1888. Tuvo 7 hermanos. Era menor en 7 años que su hermano Enrique a quien respetaría con profunda devoción en toda su vida. Por muerte prematura de su padre, los hijos quedan bajo la tutela de la madre; mujer ejemplar, que a decir de Rafael de Diego "aun a los 90 años presidía la familia con criterio claro, terminante y escuchado". La familia vivía en la Calle del Temple hoy llamada Viamonte.

Ricardo Finochietto cursó sus estudios primarios en el Colegio del Salvador, donde en la actualidad se encuentra su biblioteca por propia decisión legataria, para luego cursar el secundario en el Colegio San José. Por sólida y exigente influencia familiar y severidad en su proceso educativo, adquiere las bases que lo orientarán en sus futuras decisiones.

En 1905 ingresa a la Facultad de Medicina, siendo ayudante de Anatomía Patológica en 1908. Siempre mostró originalidad.

Mientras cursaba el quinto año de su carrera decide ingresar al Servicio de Cirugía Infantil de la Sala VI del Hospital de Clínicas. Sobre su personalidad para esa época de practicantado, el Académico Marcelino Herrera Vegas, quien había sido su Jefe de Sala, en el discurso de recepción de Ricardo Finochietto a esta Honorable Academia, dice con sorprendente acierto: "de carácter alegre, chistoso, ocurrente, con lenguaje suyo propio, mezclado a las veces con términos del pueblo. Nervioso, pero sabiéndose dominar; en ocasiones impaciente se le escapaban, muy a pesar suyo, términos duros. Pero tenía un corazón de oro, siempre dispuesto al bien, se conmovía con el dolor y las penas ajenas. Amigo leal y sincero, gozaba cuando podía hacer un favor".

Aprisionado en estas palabras está la luz que luego sería fuego, su vocación médica, su rebeldía por lo convencional, su temperamento irascible, su bondad que asomaba en una sonrisa o un tierno gesto en atención del sufriente. Oscar Vaccarezza es fiel intérprete de su bondad al agradecer sus enseñanzas diciendo: "es muy grande la deuda contraída con el maestro pero es mayor aun la que conservo de su mano tendida, la que jamás supo retraer el infortunio del amigo".

Su época de practicantado debe haber sido de gran importancia para sus objetivos. Baste señalar que para esa época conoció y recibió las enseñanzas dejadas por el ilustre Alejandro Posadas; y que sus compañeros de Sala

fucron figuras luminaras de la medicina argentina: Enrique Finochietto, Pedro Chutro, José Jorge, Luis Tamini, Pedro Escudero, Marcelo Gamboa, Lelio Zeno, Juan Garrahan, entre otros. Aquí estuvo sin lugar a dudas el germen para la dimensión de su vocación y afanes. La excelsitud de estas influencias crean su primera costumbre, su primer halo cultural, que incuestionablemente determina la claridad de sus objetivos para el resto de su vida.

Ricardo Finochietto se gradúa de médico en 1911 y en 1914 ingresa al Hospital Rawson para compartir con su hermano Enrique el desafío de la cirugía técnica. Aquí temple su carácter y ya decide, en observancia puntual del hacer quirúrgico que será su meta, crear un método de enseñar cirugía: sistematizado, dirigido y de fácil transmisión inclusive para el "no dotado". Relata que para esa época su hermano Enrique "se había propuesto operar, de cuando en cuando, delante de todo su personal reunido, señalando detalles. En esta estapa Ricardo Finochietto describe las "técnicas", que recopiladas en sendos biblioratos fueron las "Tablas de la Ley", que sirvieron de consulta para "Técnica Quirúrgica". De este material años más tarde, presenta 510 técnicas operatorias desarrolladas, en un concurso de oposición para una vacante oficial de la Cátedra de Técnica Quirúrgica, que por imperdonable injusticia no obtiene. Por mezquinos intereses personales o sectoriales, siempre "hemos tenido la habilidad" para negar a nuestros valores, menguando así nuestras verdaderas conquistas. Esto es como si nos resultara más fácil regresar que avanzar.

Volviendo a su época de graduado, fue indudablemente estimulado por las circunstancias por las que cursaba el país, ya que su comienzo profesional se realiza bajo los auspicios de un evidente progreso nacional. Fue un momento esperanzado para hacer con perspectivas de éxito, en la medida del obrar con fuerza, inspiración y audacia. La alegre convulsión de las fiestas del Centenario de nuestra Independencia fue contagiosa, produciendo en propios y extraños sensación unánime de admiración por el país. Lo refleja así Miguel Angel Cárcano por su pluma: "Los poetas cantaron himnos y compusieron odas a los campos y a las mieses, al esfuerzo de sus trabajadores, a la belleza de sus mujeres, a la inteligencia de sus ciudadanos ilustres". El Presidente José Figueroa Alcorta al saludar a las delegaciones extranjeras dice: "el conjunto de vuestros plácemes es el más grandioso agasajo al que puede aspirar una Nación" ... "Nadie ni en sueños habría sospechado la grandeza del pueblo argentino" ... "Su patriotismo, su nobleza, su ascensión. Hoy ha empezado una nueva era". Fue época de progreso: se inaugura el Teatro Colón y el Teatro Coliseo; así como el tramo ferroviario entre Buenos Aires y Rosario, en una red total de 1.269 kilómetros; Jorge Newbery invita a Alfredo Palacios a dar una vuelta en globo; se inaugura el primer tramo de

subterráneos entre Plaza de Mayo y Plaza Once de Setiembre; el italiano Bartolomeo Cattaneo une en monoplano Buenos Aires con Colonia de Uruguay; se reforma la ley electoral.

La tradición porteña se refleja poéticamente en sus calles.

Se fundan escuelas y se estimulan los estudios universitarios, por fe en el progreso y en la ciencia. Se descubre el primer pozo de petróleo en Comodoro Rivadavia.

¿Cómo podría Ricardo Finochietto, con motivaciones ya creadas desde sus primeros maestros y compañeros, escapar a este acontecer que impulsaba y privilegiaba al individuo a hacer más y mejor? Fue un momento venturoso. Se decide a trabajar.

En 1917 viaja a Estados Unidos y en 1926 realiza su primer viaje a Europa, costado por su hermano Enrique. De estos viajes se recuerdan sus frecuentes cartas relatando lo observado, pero siempre mencionando: "lo nuestro", "lo que haremos"; ansiando una vuelta que sabía era donde estaba su suerte a vivir. Porque para enseñar y crear una Escuela de Cirugía en nuestra Patria nació Ricardo Finochietto. Nada fue más importante para él. La incompreensión hacia algunas de sus decisiones ulteriores nacen de la pequeñez de quienes no supieron entender a un soñador apasionado que debía responder a un destino de trabajo proficuo, de legitimidad para servir, que él sólo conocía y percibía en su verdadera medida.

Con rico bagage de conocimientos, por haber colaborado con su hermano y de sus viajes de estudio, Ricardo Finochietto decide, en 1931, a los 43 años de edad, iniciar una Escuela de Cirugía. Está convencido de que con trabajo, sabiduría e inspiración, era posible hacer cirujanos unos a imagen de otros. Para ello se hace cargo de la Jefatura de Cirugía General del Hospital Alvear, mixto, de unas 60 camas, relatando de esta decisión: "después de 18 años de médico agregado me encontraba en condiciones de dirigir mi propio servicio". "Se inicia bajo los mejores auspicios porque la sala estaba desprovista de médicos". Allí elige a sus primeros colaboradores con mentes frescas, aún no tocadas por la mala práctica quirúrgica: primero, Rodolfo Ferré, Hernán Aguilar, Néstor Turco y Diego Zavaleta; inmediatamente después, Héctor Marino y Germán Hugo Dickman.

Implanta las bases de su estrategia que textualmente fueron: "formar colaboradores uniformes y en el menor tiempo posible, teniendo presente la finalidad primordial de los servicios hospitalarios: la mejor asistencia del enfermo"; "dar a los médicos su autoridad irrenunciable"; "merecer esta autoridad mediante conducta intachable y dedicación constante"; "horario de trabajo riguroso"; "ejercicios de técnica quirúrgica y operaciones en animales"; "aprendizaje de idiomas, obligatorio". Señalando además, que "donde

haya un representante de la Escuela brilla la llama sagrada de la transmisión de conocimientos"; y agrega, "así se hicieron verdaderas tandas de buenos cirujanos pues nuestra juventud es filón inagotable"; "lo importante es dar categoría al colaborador pues sin él no somos nada". Por su metodología rigurosa del Hospital Alvear se apodó al Servicio como de "Jardín de Infantes".

Incuestionablemente fue el creador de la Escuela de Cirugía Finochietto, que más tarde, en 1938, ya de vuelta al Rawson y en unión con su hermano Enrique, la llamarían Escuela Quirúrgica para Graduados.

Para enseñar utilizó con agudeza todos los recursos a su alcance: disciplina férrea, perseverancia, estudio, observancia de las reglas; pero también recurrió a la ficción alegórica, utilizando metáforas en sentido recto y figurado a fin de entender una cosa expresando otra; la cuestión era grabar indeleblemente el conocimiento. En la selección de sus métodos quirúrgicos fue un ecléctico, un pragmático.

Supo atraer a cientos de ansiosos por conocer. Polarizaba ambiciones. Fue como la "rosa celeste" del Dante que "por amor me mueve", "por amor me inspira", que es visible de un firmamento reflectante tanto por el adiestrado en el aprendizaje como el peregrino.

Mis vivencias junto al maestro son inolvidables. Visité la Escuela por primera vez en 1947, siendo estudiante de Técnica Quirúrgica. Quería observar la cirugía de los Finochietto, por la que tanta curiosidad teníamos. Llegué un miércoles, enterado por el programa quirúrgico de los periódicos. En cuanto entré me entregaron un "poncho", y de ahí a "mirar" cirugía. La figura de Ricardo Finochietto me impactó. Por razón fortuita pude entrar a trabajar como ayudante del Dr. Atilio Lasala. A partir de ese momento recibí su enseñanza, que realizaba con sencillez y calor humano. De esta época, Leoncio Fernández, uno de sus discípulos predilectos, con quien tuve el privilegio de aprender, describe su figura con acabada precisión: "sobre su cuerpo juvenil se implantaba una poderosa cabeza, de rostro seco, surcado por profundos pliegues. Su frente era un acusado plano oblicuo con nariz grande y enérgica. La boca apretada tenía un gesto adusto y sus ojos eran tristes. Era una cara llena de perfiles, personalísima. Al verla uno se sentía tentado a dibujarla. Pero era, paradójicamente, difícil representarla. Sólo la fotografía acertaba con él, y es la única que nos ha dejado su verdadera imagen, la de sus gestos, aquellos que también usaba para enseñar, los teatrales de asombro, de ira sin enojo, de desconocimiento de lo ampliamente conocido".

Como educador cumplió con todos los tiempos del verdadero maestro. Se formó bien, para transmitir bien. Enseñó de entrada con metodología rígida,

uniformando los conocimientos, que éstos fueran seguros y cuanto más sencillos mejor, siempre que fueran eficaces. Organiza así una rutina. Pero ahí no terminó, ya que sabía que lo sistemático, lo aprendido como regla y como dogma, impide el cambio y la evolución individual para la innovación. Por ello permitió salirse de los preceptos a los ya formados. Así, lo indica con prudencia en su "carta a un joven cirujano": "de comienzo no modifiques sino lo absolutamente necesario" ... "alteraciones sustanciales podrán venir después; pero pensá y pensá mucho antes de hacerlas". Daba así libertad al idealismo para el perfeccionamiento y la innovación, escapando de esta forma a ser un simple intérprete, solamente un imitador.

Cuando hubo creado la fuerza de "crear" con inteligencia intuitiva, nace la mística. Aquí Ricardo Finochietto enseña a pensar con bases sólidas. Es, donde sabe, se rompe o "abre" toda inmanencia para seguir el impulso creador que conduce a lo trascendente. Sin ese paso Ricardo Finochietto no hubiera sido un verdadero maestro. Por ello se decide a ser menos él, para que sus discípulos fueran más. Acepta entonces que el maestro sea ahora el aprendiz de sus propios discípulos. Esa fue su nobleza y su grandeza.

Su humildad fue proverbial. Un hecho anecdótico, que brevemente les relataré, así lo atestigua. Escribimos en la década del '60 que la afección conocida como retracción isquémica de los músculos interóseos había sido descrita por primera vez en Estados Unidos, en el año 1948. Ricardo Finochietto, habiendo leído la publicación, se me acerca en el quirófano, increpante, y me dice: "la afección de la que usted habla yo la he descrito ya en el año 1920", y agrega: "... lo que pasa es que usted sólo lee artículos extranjeros". Reconozco que fue la única vez que por un instante dudé de mi maestro, ya que haber descubierto una afección es algo de excepción. Consulté los Boletines de Cirugía del año 1920 y encontré que lo que me había dicho era real: Todo estaba escrito: identificación de la etiología, su fisiopatología, su semiología, así como su tratamiento. El caso sobre el que se originó su descripción había sido operado por Enrique Finochietto y asistido por Ricardo. Decidí entonces, no sin gran cautela, apersonarme en su consultorio. Reconocí mi error y le expuse que ello debería conocerse dada su gran trascendencia, y que podría encargarme de ello. Me contestó escuetamente: "no se preocupe, no es necesario que lo haga..., historia... hay una sola". Hoy en día la afección es reconocida en todo el mundo como "Contractura Isquémica Intrínseca de Ricardo Finochietto".

Joseph Boyes, prominente cirujano de Estados Unidos, en su libro *On the Shoulders of Giants* hace la biografía de Ricardo Finochietto reconociéndolo como uno de los grandes sobre los que nos hemos sustentado; junto con Leriche, Leo Mayer, Bunnell y otros.

**Ricardo Finochietto** queda así indeleble en el tiempo por su sabiduría y su obra. Es parte de los que hicieron lo verdadero de la patria. Su amigo, **Rafael de Diego**, al despedirlo, lo inmortaliza con palabras en medida y cadencia:

*Cuando anochece, el fatigado obrero  
abandona el taller, cuelga la llave  
de la cerrada puerta en el tablero,  
y retorna al hogar. Entonces sabe  
del reposo que da la obra cumplida;  
y al levantar los ojos hacia el cielo,  
siente las bendiciones de la vida  
que en uno mismo está el consuelo.  
Así viviste, así te fuiste, amigo.  
Finar sólo Dios pudo tu jornada.  
El es tu juez y único testigo;  
supo tu afán y gloria que te cabe.  
De tu taller, la puerta está cerrada.  
Nadie jamás descolgará la llave.*